



LA MESA REVUELTA

PERIODICO
SATIRICO

LITERARIO
ARTISTICO

1875.

E. DEL SOLAR.



4 RS.

DIRECTOR LITERARIO
TOMAS DE ASENSI.

PRECIOS DE SUSCRICION
En Madrid, 1 peseta al mes; y en provincias, 5 reales.

AÑO I.—NÚM. V.
Madrid 7 de Abril de 1875.

REDACCION Y ADMINISTRACION,
MADERA BAJA, NÚM. 5 Y 7, TERCERO.

DIRECTOR ARTISTICO,
EDUARDO DEL SOLAR.

PRECIOS DE SUSCRICION
En el extranjero y Ultramar, 6 reales al mes.

EPISODIOS DE LA GUERRA.

II.

UNA ACCION EN EL NORTE.

Tras los altos montes que guarnecen al pueblo de G... empieza á dibujarse una ráfaga luminosa que va apagando el fulgor de los astros á medida que avanza.

Es la aurora.

Huye el murciélago y despierta el pardillo.

Se oculta la luciérnaga y aparece la mariposa.

Cesa el silencio y empieza la armonía.

La sombra muere, el alba nace.

Los clarines y las cornetas atruenan el aire con sus hélicos sonidos, y anuncian al soldado las horas de fatiga y trabajo. Están tocando diana.

Ya los hijos de Marte se agitan en todas direcciones, como si el eco mágico de las cornetas fuese una chispa eléctrica que los pusiera en movimiento.

Reúnense en la plaza del pueblo caballerías de todas las razas y variedades; el fogoso alazan con el pacífico burro; la jaquilla torda, con el mulo falso; la rolliza mula, con el escuálido jameigo. Todos estos animales,

están destinados á llevar sobre sus lomos la muerte; esto es, los cartuchos Remington.

Los carros son cargados con las maletas de los oficiales, y alguna que otra vez, á hurtadillas de la mirada del sargento, arrojan su morral algunos soldados, para caminar con ménos peso.

Las cornetas con su lengua de metal siguen poniendo en movimiento aquella masa de hombres, y los toques de *escuadra*, *compañía*, *batallon* y *llamada á la carrera*, se suceden con rapidez.

Las piezas se montan; los enfermeros se colocan en los carros, el toque de *bota-sillas* se deja oír, y el jefe de la division aparece. La columna va á ponerse en marcha.

Colocados en dos filas á derecha é izquierda del camino, y divididos en parejas, marchan aquellos hijos de Belona al compás de sus canciones. Nadie al contemplar aquella serpiente humana que se agita, canta y rie desde la cola á la cabeza, se imaginaria que va caminando hácia la muerte. Y sin embargo, nada más cierto.

Las avanzadas de caballería retroceden al galope y anuncian la proximidad de fuerzas enemigas que obstruyen la carretera. El rumor cunde como un rayo; los soldados se consultan unos á otros, y ora examinan las carabinas, ora cuentan los cartuchos.

La columna hace alto.

El Estado mayor cruza en todas direcciones con la velocidad de la chispa eléctrica, y transmite las órdenes del general.

La fuerza se divide, se repliega y toma posiciones en los montes vecinos.

El choque es inevitable.

El silencio más profundo sucede á la anterior gritería; el enemigo empieza á avanzar.

Llega el *cuarto de hora de los testamentos*.

¡Momento grande y solemne, en que el caballo se eriza, y tiembla el más osado!

¡Momento en que el soldado piensa en Dios y en su madre!

Este espacio de tiempo que precede á la acción, le llaman los soldados el *cuarto de hora de los testamentos*. Este título está justificado.

En esos instantes es cuando el amigo dice al amigo:

—*Paisano*, si me matan coje tres duros que llevo en el morral, y mándaselos á mi hermana.

—Cuida tú, contesta el otro, si á mi me pasa otro tanto, de recoger dos camisas que dejé á la patrona de ese pueblo; y quédate con ellas. Dinero no tengo más que *seis cuartos*.

Y así hacen sus testamentos.

Esta situación es horrible, y si durara mucho el soldado no entraria en acción.

¡Pero el momento se aproxima!

¡Un paso más, y el campo se cubrirá de sangre, de sangre española!... ¡Toda española!

¡Pobres madres!

Trábase por fin la lucha; las guerrillas enemigas rompan el fuego y las nuestras las contestan. Sus interrumpidos disparos parecen los que se oyen en una cacería. Presto el fuego se hace más vivo, y una nube de pólvora se extiende por las dos líneas de los combatientes, como una cinta blanca que va elevándose al cielo.

Dos batallones de la division cargan á la bayoneta.

El combate se traba cuerpo á cuerpo. ¡Ya no son aquellos hombres indecisos del *cuarto de hora de los testamentos*, sino el verdadero soldado español tan valiente como sufrido. ¡Tigre lanzado á la pelea! ¡Huracan que arranca los gigantescos árboles! ¡Torrente que se precipita al fondo de la catarata!

La caballería enemiga despliega á nuestros ojos como una bandada de buitres. Por un movimiento rápido y envolvente, los dos batallones que cargaban á la bayoneta, quedan envueltos en un círculo de caballos. Hay un momento de angustia suprema; pero una voz ronca y estridente como el rugido de una fiera, resuena por el valle.

—¡Lanceros á la carga!

Y una enorme masa de caballos parte como una granizada de flechas. Brillan los cascos, crujen los sables y aquella nube de rayos se precipita en las filas enemigas; destroza, acuchilla, hiere y mata en todas direcciones. La caballería enemiga se descompone, se repliega y retrocede. ¡Nuestros batallones están salvados!

Reanimanse los contrarios, y de nuevo avanzan en medio de una espantosa gritería, que recuerda las antiguas hordas de los bárbaros del Norte. Pero un estampido horrible retumba en las montañas con más fragor que el trueno. ¡Son los cañones de nuestras baterías que vomitan la muerte!

Un grito de alegría resuena entre las filas.

¡Los artilleros han hecho blanco!

Disparos certeros suceden á los anteriores, y la acción se decide. Nuestros infantes avanzan en varias direcciones. El enemigo se retira sin orden y apenas si se detiene á recoger sus heridos. Su misma caballería pasa por encima de los de á pié, y la confusión es horrible.

Los disparos van haciéndose cada vez menos frecuentes, y por último el silencio sucede al estruendo de la batalla.

Recógense los muertos; colócanse en los carros los heridos, y la columna retrocede al pueblo de donde salió.

Todo está lo mismo.

La pequeña iglesia alza su modesta torre con su cruz de hierro; los pájaros cantan su despedida al sol, y este se oculta tras los altos montes.

Todo respira paz y armonía, y sin embargo, mañana el reducido cementerio de C... guardará las cenizas de tanto mártir de la patria!

¡En vano esperarán las prometidas al objeto de su amor!

¡En vano las hermanas aguardarán la carta del hermano!

¡En vano llorarán las madres!

MANUEL MELLENDEZ.

PIES Y MANOS.

Soy el hombre más desgraciado de la tierra.

Eu veinticinco años que llevo de existencia no ha habido ilusión que no se me desgracie ni desgracia que se me haya trocado en ilusión.

No he humedecido aun mis labios en la decantada copa del placer ni he libado más nectar que el de los cigarros de *tres cuartos*.

He soñado con el amor y hoy me encuentro más que *despierto*.

He ambicionado gloria y todas mis coronas han sido de espinas.

Las *espinas matrimoniales* son las únicas que no han herido mi frente.

¡La herirán?

Esta pregunta me dirijo á cada instante y aun no he podido formular una contestación en absoluto.

¿Qué debo hacer en la duda?

La cosa es clara, *no exponerme*.

Así discurría yo una noche, de la que no quiero acordarme, noche en que se rompió la última fibra sensible de mi corazón, noche en que descubrí que la mujer á

quien habia entregado mi alma, la mujer en quien cifraba los últimos restos de mis tantas veces defraudadas ilusiones, tenia en más un frívolo capricho que las justas exigencias del hombre que la adoraba.

Mucho sufrí, pero la cura fué radical; desde entonces me creo *invulnerable*.

Aquella ocasion comprendí lo mismo, y halagado en parte, al considerar que no volveria á sufrir en lo sucesivo, me dormí.

¡Pero que sueño tan horrible! ¡Juzgad!

La escena empieza en un baile de máscaras. Siempre me ha sido funesto tal género de diversiones y hasta en sueños debia seguir siéndomelo.

Al principio de la noche nada ocurrió digno de mencionarse; pero cuando la *edificante diversion* tocaba á su término, tuve la infeliz ocurrencia de fijarme en una mujer cuidadosamente envuelta entre los pliegues de un capuchon de raso... *disimulado*.

Bailé con ella, la dirigí unas cuantas frases *en tonto*, de esas quesuelen llamar galanterías, pero no logré escuchar su voz que supuse desde luego *argentina*.

Insistí varias veces, pero todo fué inútil; la niña *se mostraba esquiva*, y yo que tengo fama de inconstante, fama de que, sea dicho de paso, protesto enérgicamente, me retiré, decidido á olvidar aventura tan fugaz.

Pero no estaba escrito así.

La mascarita, al notar que mi paciencia habia concluido, dejome ver al descuido, *un pié y una mano*, por duplicado se entiende, que la propietaria estaba completa... *al parecer, mano y pié* de belleza tal que me trastornaron el juicio.

Ya no fui dueño de mí, y arrastrado por el influjo de tan *irresistibles estremidades*, al concluirse el baile, seguí á la tapada hasta el número 5 de la calle del Oso, donde empecé á hacer el *idem* desde la mañana siguiente.

Poco partidario de semejante *metempsychosis*, á los tres dias, despuesde vestirme un traje que á pesar de ser negro no era tanto, ni con mucho, como el porvenir que iba á proporcionarme, me dirigí á *la celeste mansion* de mi futura, pues, si mal no recuerdo, habitaba un quinto piso.

¿Para qué divagar? Hablé á la mamá del *pié* y de la *mano* de su *vástaga* y con rendidas frases pedí el *usu-fructo*.

¡Ay Dios! Mi suegra *in fieri* accedió gustosa y al mes hacia la *calaverada* de trocirla *in facto*.

En esto el exceso de horror me despertó. Reconocí cuidadosamente mi lecho, y hallándome solo en él, como de costumbre, absorví en una sola inspiracion todo el oxígeno de mi aposento.

Sin embargo, no volví á conciliar el sueño, pensando que *una mano y un pié* habian hecho diese á una mujer mi *primera* al *segundo* de los altares.

El desaliento se apoderó de mí al ver, que á pesar de mi pretendida *inespugnabilidad*, tales *regiones anatómicas* tenian el suficiente influjo para ligarme eternamente á un querube... de *sobre-falda*. Llegué á temer su perniciosa influencia y decidí borrar de mi mente las voces *pié y mano* y huir como de Satanás de todo lo

que pudiera traérmelas á la memoria; tentado estuve á cortarme estas interesantes partes de mi organismo, pero fui débil, lo confieso.

Reflexionando sobre tan importante determinacion me hallaba, cuando me ocurrió que mi cama tenia nada menos que seis *pies*. Salté de ella con la precipitacion consiguiente y empecé á vestirme; pero no me fué posible abrocharme los puños sino á medias por haberse roto el *pié* de un gemelo.

Salí de mi cuarto con no muy buen humor, y por toda la casa no veía más que *pies* de *mesas*, de *sillas* de *baules* y... de qué se yo, pues no parecia sino que el diablo se habia propuesto *meter la pata*, poniendo á prueba mi paciencia.

Me refugié en la cocina, y allí se presentó á mi vista la *mano* del almirez entre los *pies* de unas parrillas; alcé los ojos al cielo y vi un *cien-pies* que se paseaba magestosamente por el techo: bajé la cabeza desalentado y tropecé con *los mios*.

Nunca me habia fijado en la abundancia de *pies y manos* que hay en el mundo, y aquel dia el hado fatal me *las* y me *los* ponía á *mano* para mi desesperacion: Vean ustedes con qué razon me lamentaba de mi suerte al principio de estas lineas.

Eché mano de toda mi resignacion y me dispuse á salir á la calle, sin lavarme, por no ver el *lava-manos*; cosa que *dió pié* á mi pupilera, doña Robustiana, para que me digese:

—¿Está usted *dejado de la mano* de Dios para hallarse tan temprano *de pié*?

—Tengo que hacer, la respondí

—Que negocio traerá *entre manos*, quedó murmurando, para marcharse sin tomar un *tente-en-pié* ni darse una *mano de toilette*.

Bajé rápidamente la escalera sin hacer caso de esta *salida de pié de banco* y, como pueden ustedes suponer, cuidando no tocar el *pasa-mano*.

Ya iba á verme en la calle y allí esperaba dejar de oír el diluvio de *pies y manos* con que me saludó doña Robustiana. Esto me consolaba, y al pisar las baldosas de la vía pública, respiré con satisfaccion el puro ambiente de la mañana.

¡Pero qué sin motivo me alegraba!

Lo primero que llamó mi atencion fué un benemérito y celoso guardia municipal que con las *manos* metidas en los bolsillos estaba *al pié* de una banasta de fruta, departiendo *mano á mano* con la espendedora, que por cierto no se andaba con *pié de plomo* en cuestion de galanteos.

A su espalda un granuja *del codo á la mano*, sin temor de recibir un *punta-pié*, practicaba difíciles *juegos de manos* en el bolsillo de un *industrioso* estudiante, que habiendo perdido la noche anterior los últimos restos de su capital y careciendo de medios para franquear la correspondencia de su adorada, en las *puntas de los pies*, y alargando la *mano* cuanto podia, se esforzaba en arrancar de un anuncio de teatro el *sello de guerra* que de *ante-mano* habia desprendido con el baston.

Iba á *sentar la mano* al granuja *prestidigitador*,

cuando á poco me atropella un carruaje que sin reparar en *los de á pié* corría con una rapidez vertiginosa guiado por la *distraída mano* de un cochero que mal-dito si se cuidaba de refrenar la pujanza de los *solipedos*.

En el interior del coche se recostaba, ó mejor, yacía un señorón que entró con tan *buen pié* en la corte, que á los dos años era millonario. Es verdad que á poco se ve en *manos de la justicia*, por cierto negocio *nada limpio*, pero tampoco es ménos cierto que puso *pies en pared* y no faltó quien teniendo *mucha mano* interpusiese su poderosa influencia, ni quien *se echase á los pies* de los magnates, ni quien *untase la mano al notario*, personaje que suele tener las *manos puercas*, y el asunto se arregló tan á su gusto que en vez de hallarse en Ceuta arrastrando un par de grillos *de los que no cantan*, se encontraba en Madrid arrastrando *carruaje*.

Pero ¡qué contraste! En el momento de pasar este *caballero*, el municipal *daba de mano* á los galanteos para arreglar su conducta *bajo otro pié*, echando *mano* á un discípulo de San Crispin, que habia desocupado inadvertidamente en medio de la calle un cesto de recortes de suela y otras inmundicias. El infeliz protestaba, pero no tenia el suficiente dinero para satisfacer la multa que se le exigía, y como estas deben pagarse en el acto, no tuvo más remedio que dejar el *tira-pié* y seguir al *inflexible* guardia hasta el Saladero.

Hé aquí otro negocio *nada limpio* que no salió tan bien como el anterior.

Decididamente no pueden emprenderse *negocios sucios* en pequeño.

RAMON CONTRERAS Y RYRIZ.

(Se continuará.)

A MI DISTINGUIDA AMIGA

LA SEÑORITA DOÑA JULIA DE ASENSI.

Escribe; ya que por suerte
tu ingenio, cuyo destello
abrsa la pluma inerte,
tengo del hombre lo fuerte
y de la mujer lo bello.

Escribe; tu corazón
cuya noble condicion
la modestia en vano, esconde,
es como el espejo en donde
se mira tu inspiracion.

Nido que encierra sencillas
aves, que buscan el cielo
es tu alma, por la que brillas,
deja que esas avecillas
remonten al fin su vuelo.

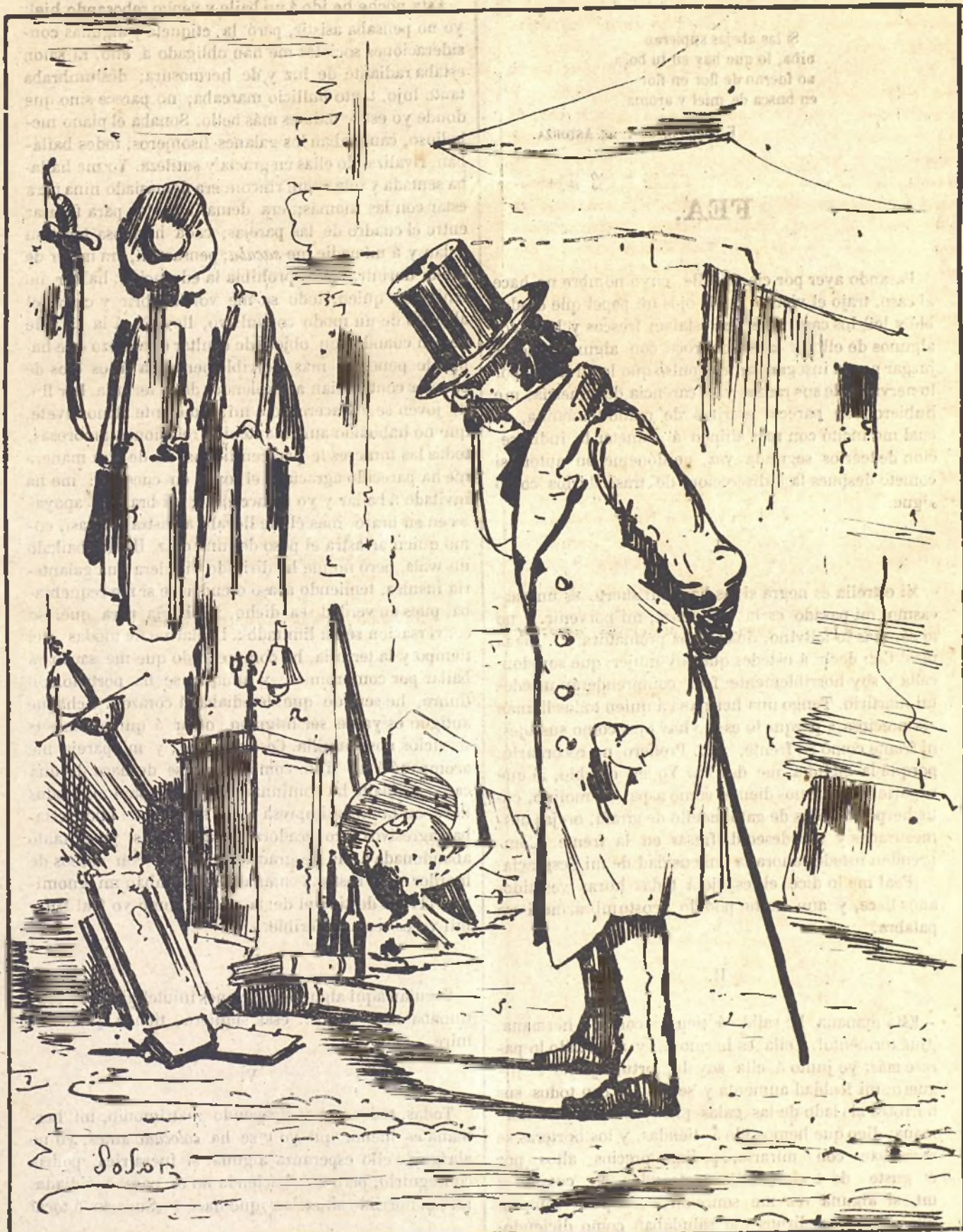
Deja que luzca el encanto
de su voz y de sus galas,
que en aves que valen tanto
se llaman versos el canto
y poesía las alas.

LUIS ALFONSO.

VAMOS Á CUENTAS.

Eres hermosa y te quiero
como un loco, como un niño,
me sobra fuego y cariño,
pero, me falta dinero.
Permíteme, Inés, que obre
con calma, que piense en ello,
el ser hermosa es muy bello,
pero es tan feo el ser pobre!
No es el caso tan sencillo
para una resolución,
es grande mi corazón,
pero corto mi bolsillo.
Mi negra duda mantengo
sin deberla mantener,
yo, si, quisiera tener,
pero en resumen... no tengo.
Tu vales, las más apuestas,
no aspiran á serte iguales,
pero, Inés, lo que tú vales
se saca por lo que cuestas.
No hay quien tu encanto resista,
cierto, pero Inés, repara,
que es muchísimo más cara
que tu cara, tu modista.
Tus ojos son dos luceros,
tu tez blanca, tu faz pura,
es perfecta tu hermosura,
pero tienes, muchos peros.
Dices, que debo querer,
que prometí, bien está,
aun no es mi mujer y ya
quiere que empiece á deber.
Que eres hermosa, estoy harto
de saberlo, yo no ignoro
que eres Inés, un tesoro
que me deja sin un cuarto.
Un libro de caja breve
nuestra estrecha union vá á ser,
será tu hermosura: *Haber*.
será mi bolsillo: *Debe*.
Pongámonos, pues, de acuerdo
para cortar por lo sano:
si yo te pierdo, me gano,
si yo te gano, me pierdo.
Ciento en capital presenta
tu belleza en sus contornos,
gastas mil en tus adornos,
ya ves que no tiene cuenta.
Es mal negocio, y me salgo
del lance en que me metí,
Inés, me quedo sin tí
y así me quedo con algo.

JOSÉ SILEGAS.



Por todo el Rastro he buscado
la Virgen de la Fortuna;
santos, sí, muchos he hallado,
pero vírgenes ni una.

A LA SEÑORITA DOÑA A. H. Y S. DE G.

Si las abejas supieran
niña, lo que hay en tu boca,
no fueran de flor en flor
en busca de miel y aroma.

E. DEL SOLAR Y DE ASTORZA.

FEA.

Pasando ayer por cierta calle, cuyo nombre no hace al caso, traje el viento á mis ojos un papel que desdoblé y leí; los caracteres aún estaban frescos y borrados algunos de ellos á causa del roce con algún objeto. Á juzgar por la inseguridad del pulso que los trazara, por lo nervioso de sus rasgos y su carencia de simetría, me hubieron de parecer escritos de mano femenina, lo cual me incitó con más ahínco á cometer la indiscreción de leerlos segunda vez, perdóneme su autora si cometo después la indiscreción de transcribirlos como sigue:

I.

Mi estrella es negra si las hay, mi suerte es un sarcasmo, mi pasado es la vergüenza, mi porvenir... no lo sé, mas lo adivino: una tumba prematura y... ¡nada más! Con decir á ustedes que soy mujer, que soy doncella y soy horriblemente fea, comprenderán ustedes mi martirio. Tengo una hermana á quien todos llaman «la preciosa,» porque lo es; no hay ojos como sus ojos, ni frente como su frente, ni... Prefiero no recordarlo, porque la envidia me devora. Yo en cambio, ¿á qué negarlo? tengo unos dientes como aspas de molino, cutis herpético, ojos de gato, cuello de girafa, orejas desmesuradas y un deseo de fresas en la frente. ¿Comprenden ustedes ahora la inmensidad de mi desgracia? ¡Fea! me lo dice el espejo á todas horas veintidos años hace, y aún no he podido acostumbrarme á esa palabra.

II.

Esta mañana he salido á tiendas con mi hermana. ¡Qué tormento!... ella es hermosa, y á mi lado lo parece más; yo junto á ella soy la tortuga junto al jilguero; mi fealdad aumenta y se destaca con todos sus horrores al lado de las galas primorosas de mi hermana; digo que hemos ido á tiendas, y los horleras se recreaban con mirarla, pedían precios altos por el gusto de tenerla allí regateando; en cuanto á mí, si alguna vez me sonreían, era puro compromiso; al despedirnos me saludaban como diciendo: «Mala sombra tienes, hija.» ¿Cuándo cesaré de devorar tantos ultrajes? ¿Cuándo acabará tanta vergüenza?

III.

Esta noche he ido á un baile y vengo rebozando hiel; yo no pensaba asistir, pero la etiqueta y algunas consideraciones sociales me han obligado á ello. El salón estaba radiante de luz y de hermosura; deslumbraba tanto lujo, tanto bullicio mareaba; no parece sino que donde yo estoy todo es más bello. Sonaba el piano melodioso, cautivaban los galanes lisonjeros; todos bailaban, rivalizando ellas en gracia y sutileza. Yo me hallaba sentada y sola en un rincón: era demasiado niña para estar con las mamás; era demasiado fea para figurar entre el cuadro de las parejas; cada hermosa tenía su galán y á mí nadie me *sacaba*; pensar allí, era morir de rabia; dormir, me lo prohibía la educación; hablar, no tenía con quien, todo se me volvía abrir y cerrar el abanico de un modo convulsivo, llevarlo á la cara de vez en cuando con objeto de ocultar el bostezo que había de ponerme más horriblemente fea á los ojos de cuantos contribuían al esplendor de la tertulia. Por fin, un joven se ha acercado á mí; semejante al mozalvete, que no habiendo aun mantenido relaciones amorosas, todas las mujeres le parecen lindas, no de otra manera me ha parecido agraciado el joven en cuestión: me ha invitado á bailar y yo he accedido; mi brazo se apoyaba en su brazo, más él me llevaba arrastrando casi, como quien arrastra el peso de una cruz. Hemos bailado un vals, pero no me ha dirigido siquiera una galantería insulsa, temiendo acaso ofenderme si me requebraba, pues en verdad sea dicho, no había para qué: su conversacion se ha limitado á hablarme de modas, del tiempo y la tertulia, he comprendido que me sacaba á bailar por compromiso, y aunque se ha portado con finura, he sentido que le odiaba el corazón. Achaque antiguo es ya del ser humano, odiar á quien con sus servicios nos humilla. Cesó el piano, y mi pareja me acompañó á mi sitio, como quien se deshace de una carga. El baile ha continuado, pero no para mí; todos llevaban la dicha impresa en el semblante: ellos, estaban agresivos, provocadoras estaban ellas, yo en tanto abandonada á mi desgracia, me sentía con deseos de morder en el rostro á cuantas presenciaban mi ignominia. ¡Triste destino el de la mujer como yo fea! Mil y mil veces sería preferible...

IV.

Seguían aquí algunos renglones ininteligibles, y continuaba más abajo... esas siquiera, tienen quien las mire

V.

Todas, todas van contrayendo matrimonio, mi hermana es menor que yo y se ha *colocado* antes, yo no abrigo de ello esperanza alguna; si fuera rica, podría conseguirlo, pero mi hacienda no es para envidiada. En tan horrible situación ¿qué hacer? ¿Sudario ó toca?

VI.

No, no hay quien sufra tanto ultraje; hoy he estre-

nado un vestido, cortado con buena tijera á la vista del último patron. Un hombre pasaba junto á mí, engañado tal vez por la pompa y gallardía de los adornos, se adelantó para mirarme, apenas me hubo visto, esquivó el rostro y le he oído exclamar al mismo tiempo: ¡qué fea es! Esta frase me ha partido el alma, ya no me siento con fuerzas para trasladar al papel mis impresiones. ¡Compadecedme, y acordaos de esta pobre mártir!...

Ya no decia más el manuscrito; si doy con la autora, antes de un mes prometo casarme con ella, porque como dijo un poeta: «Cuentan de un sábio que un día,» etc.

JUAN TOMÁS SALVANY.

EN EL ALBUM

DE LA

SEÑORITA DOÑA CAROLINA VILLAVEDE Y CASTERA.

DOS NUBES.

Una nube sombría
cruza el espacio:
«¡Yo me llamo tristeza!»
vá murmurando.
Soplan las auras,
y al jugar con sus pliegues
los desparraman.
Otra blanca y hermosa
viene en pos de ella:
«¡Yo me llamo alegría!»
dice á la tierra.
Soplan los cierzos,
y sus leves crespones
van esparciendo.

Y la blanca y la negra
volando pasan;
á una llevan los cierzos,
á otra las auras!...
Penas, placeres,
son nubes de la vida...
¡Deja que vuelen!...

ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA.

Á UNA NIÑA.

Eres inocente y pura,
y antes que verte sufrir,
mientras tu inocencia dura,
niña, quisiera morir.
Pero de verte gozar
ya de tu candor despierta,
niña, no lo he de ocultar,
mejor te quisiera muerta.

TOMÁS MONTEJO

MEDITACION.

Esta vida tan perdida,
si uno se para á pensar,
es muy poco divertida,
yo no le encuentro á la vida
nada de particular.
Dicen, que cuando nací
en el momento lloré...
juro que ignoro el por qué,
pero, ¡bárbaro de mí!
¿hoy cuando lloro lo sé?
Sé que nacemos llorando;
que luego despues crecemos
ya sufriendo, ya gozando,
y despues... nos moriremos
sin saber cómo ni cuándo.
Esto aunque poco es saber:
sé que me gusta el dinero;
sé que quiero á una mujer...
y cuando lo considero
me rio á más no poder.
No lo puedo remediar,
¡vaya! ¡Bien lo sabe Dios!
y es que me pongo á pensar
qué tipos vamos á estar
en esqueleto los dos!
¿Por qué he nacido? No sé;
¿por qué moriré? Tampoco,
pero sé que moriré,
¿Estoy cuerdo, ó estoy loco?
¿Qué se le figura á usted?
Nada, el mejor día ¡zas!
me largo de este jolgorio
para no volver jamás.
¿Mandan algo para las
ánimas del purgatorio?
Lo siento como lo escribo,
el salir de este destierro,
es lo más superlativo...
solo siento no estar vivo
cuando vuelvan de mi entierro.
¿Cómo me divertiría,
viendo como me engañaba,
sabiendo como mentía,
el hombre que me estimaba,
la mujer que me quería!...
Pero noto que este asunto,
pese á toda su certeza,
os carga hasta cierto punto...
dispensad, esta rareza
á un aprendiz de difunto.

LUIS DE CHARLES.

VARIEDADES.

El señor Arderius ha traído para su teatro...

—¿Obras nuevas?

—No señor; doscientas francesas con muy buenas.
pantorrillas.

Pasó el Dos de Mayo, con sus coronas, sus procesiones, y las descargas de ordenanza.

Pasaron las poesías dedicadas á esta solemnidad con sus consonantes obligados de España, saña, campaña, extraña, cizaña, empaña, etc.

Todo pasa, menos dos reales falsos que me metieron la otra noche.

Dicen que un negro en la Habana bastante dinero cuesta, también cuestan en Madrid, los negros... de la ruleta.

—¿A que no saben ustedes en qué me parezco á Adán?

—Pues en que una vez fui arrojado del *Paraiso*, pero no por un ángel, sino por un acomodador.

—Es usted *devina*, decia un borracho á una chula de Lava-pies.

—Y usted *de vino*, contestó la interpelada.

—¿Me decís que hora teneis?
me preguntó con misterio
Don Simon, y yo muy sério
le dije:—Las diez y seis.

Dos paletos asistían á la representación de una ópera. En una de las escenas exclamaba el tenor:

—¡Ah! no es el mio caro.

Levántase uno de los paletos, y á voz en grito dice:

—¿Que no es muy caro? Pues sí señor que lo es; que nos ha costado dos pesetas, y para oír latinajos nos bastan los del cura del pueblo.

Y se alejaron del teatro.

Viajé con Don Eleuterio,
hombre de cabeza activa
y al preguntarle donde iba
me contestó con misterio:
—Há cosa de algunos meses
la fortuna me hace guerra,
amigo voy á Inglaterra
huyendo de los ingleses.

JUAN TOMÁS SALVANY.

—¿Conoce usted una piel más grande que la del elefante?

—Sí, señor, la *piel* de Rusia.

—Señorita, el niño se ha caído

—Ay, pobrecito, se habrá hecho daño, ¿se ha dado en la cabeza?

—No señora, en un guarda canton.

Un moro oyó decir que en cuatro horas
un asturiano se comió cien moras;
y sin dejarle encomendarse á Dios
sacó el alfanje y dividióle en dos.

Estos y otros mil casos más anónimos
prueban que son terribles los sinónimos.

—¡Qué mala luz tiene usted en su escalera! decia un importuno á la dueña de mi casa.

—Y usted qué *mala sombra*, le contestó ella.

—Mamá, ¿á quién buscaré este año para pedir en la cruz de Mayo?

—Hija mia, tú debes ya buscar la cruz del matrimonio.

CHARADA.

Con quien casarme buscaba,
cuarta y segunda más bien,
pero mujer no encontraba
y apurado continuaba
haciendo proyectos cien.
La noche el manto tendió,
tan triste y ventosa era,
que aunque un fósforo encendió
á mi segunda y primera,
el vendaval la apagó.
Largo tiempo á oscuras fui,
tropezando á cada paso,
muchos golpes recibí,
pero es lo triste del caso
que en *tercia* y *prima* caí.
No sé quien salvó mi vida,
ni tampoco de que modo,
solo sé que arrepentida
quedó mi alma y sentida
al verme como mi todo.

M. R. A.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

ABECEDARIO.

ADVERTENCIA.

Anunciamos á nuestros suscritores que la Administración de LA MESA REVUELTA se ha trasladado á la calle de la Madera Baja, 5 y 7, donde deberán dirigirse todas las reclamaciones.

POR QUIRÓS, IMPRESOR, ABADES, 10.